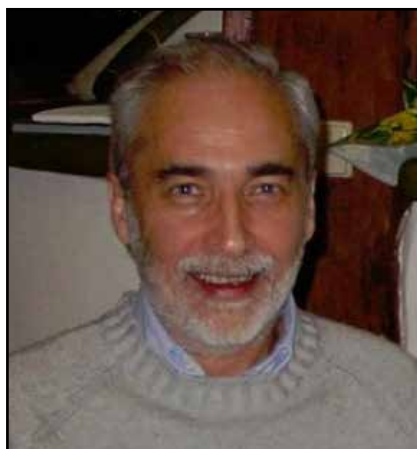


FRANCISCO JOSÉ BARRANTES

por Virginia Borroni, Carlos Javier Baier y

Silvia Susana Antollini



Cuando comenzamos nuestro doctorado con el Dr. Barrantes nunca dimensionamos la magnitud de la persona que teníamos enfrente. Sí quedaba claro desde el principio que el aspecto científico y humano no se podían disociar. Era docente de la cátedra de Química Biológica I de la Universidad Nacional del Sur, y en ese ámbito transmitía, no solo conocimientos específicos, sino también fascinación por ese mundo invisible de moléculas biológicas. En sus clases describía técnicas y estrategias, nos desafiaba a pensar críticamente y nos acercaba a su pasión, la investigación científica, invitándonos a realizar pasantías en su laboratorio. Muchos de nosotros nos iniciamos de esta manera, como alumnos, y fuimos creciendo en la carrera científica a su lado. Su faceta docente también se manifestaba en la vida cotidiana del laboratorio. Era común que organizara reuniones de grupo donde cada uno contaba sus resultados, mientras él los iba resumiendo en un pizarrón. Eran reuniones que podían durar horas, donde discutíamos problemas y posibilidades de solución. En ellas, nunca menospreció un comentario, por más absurdo que fuera y a todos escuchaba con atención y seriedad. Sus correcciones eran siempre en tono tranquilo y educado, lo que nos permitía sentirnos con la comodidad de expresarnos libremente.

Conocido por todos como “Pancho”, para nosotros era el “Dr”, sin que esta formalidad al nombrarlo repercutiera en la sensación que percibíamos cuando hablábamos con él, de que se podía decir cualquier cosa. Su inquietud de carácter se manifestaba en cada uno de sus actos. Al inicio de una consulta miraba atento como si esperara escuchar algo fascinante, si en ese instante se lograba captar su atención uno sabía que tendría por respuesta la palabra justa o la sugerencia exacta para poder avanzar. Si por el contrario, el problema había sido mal planteado y no le resultaba relevante, en silencio se levantaba y empezaba a acomodar cosas en su escritorio, en cuyo caso se sabía que lo habíamos perdido. Si la desesperación ganaba y se insistía, ocurría lo inevitable: atravesaba la puerta de su oficina y caminando a toda velocidad por el pasillo del segundo piso del INIBIBB, se alejaba, quedando uno con el cuaderno

en mano y cara de desahucio. Casi siempre algún testigo solidario se acercaba para escuchar el “se me fue” y convidar unos mates para pasar el momento. Estas experiencias nos desafiaban a buscar una mejor forma de presentar los resultados, a defender nuestras ideas con mayor precisión, a plantear el experimento confirmatorio que apoyara nuestra hipótesis. Era el público difícil al que había que convencer de que el trabajo valía la pena. Con el tiempo aprendimos que primero había que contar el fin de la historia, y luego ya habiendo captado su atención relatar los detalles que condujeron a la realización del experimento.

Todos los que trabajamos con él gozamos desde muy temprano de una libertad que en no todos los laboratorios existe. Esta libertad que a veces resultaba abrumadora, nos obligaba a desarrollar rápidamente una independencia de trabajo y pensamiento que en otros lugares se alcanza más tarde. No había que esperar a que nos dijera que hacer sino tomar la iniciativa, situación sumamente favorable ya que nos daba la posibilidad de elegir lo que más nos gustaba. El Dr. Barrantes creía fervientemente que una buena pregunta podía provenir de cualquier persona y estaba siempre dispuesto a escucharla y a apoyarla sin importar si eras becario, técnico,

estudiante de grado o investigador. Si la idea le parecía buena, si el experimento lo entusiasmaba, si la pregunta lo estimulaba entonces podía pasar horas discutiendo, preguntando y repreguntando, hasta sacarle todo el jugo. Su respeto no se ganaba con un cargo sino por la calidad de las ideas que podíamos tener.

Su pasión por la ciencia y su gran dedicación al estudio de la interacción del receptor de acetilcolina nicotínico y los lípidos que lo rodean lo llevaron a recorrer el mundo en busca de la mejor forma de abordar este problema. Esta visión internacional de la ciencia nos fue transmitida a todos sus discípulos alentándonos siempre a buscar la oportunidad de realizar estadias en el exterior. A su lado se aprendía desde muy temprano que la ciencia no tiene fronteras y que lo que no se podía hacer en nuestro laboratorio sí se podía hacer en algún otro lugar del mundo, y hasta ahí había que ir. Era muy frecuente la presencia de profesores extranjeros en el instituto, lo que nos brindaba la oportunidad de tomar contacto directo con los protagonistas de los últimos avances científicos. El Dr. Barrantes, no solo nos conminaba a escuchar las conferencias, sino que nos alentaba a romper la enorme distancia que sentíamos que había con ellos, y contarles nuestros avances, defender nuestros estudios y preguntar críticamente.

Pero el intercambio científico no era lo único que le interesaba, sino también el intercambio cultural que implicaba el contacto con personas de otras sociedades. Dueño de una cultura general vastísima, con la misma autoridad que dicta conferencias sobre interacción proteína-lípido habla de arte, cocina, música o geografía, en español, inglés o alemán. La riqueza en su vocabulario

es una de sus características más destacadas, sorprendiendo siempre con palabras exquisitas, muy por fuera del ámbito científico. Su gran talento para las letras puede observarse leyendo sus trabajos, en los cuales cada palabra y cada frase está pensada y elegida para reflejar *exactamente* su pensamiento con una claridad indiscutida. Enorme era el desafío de presentarle un manuscrito para corregir. Seguramente le era más fácil redactarlo él directamente, pero nunca lo hizo. Nos enseñó a escribir enfrentándonos desde el comienzo con esa tarea. Luego se tomaba el tiempo de primero entenderlo para poder corregirlo y mejorarlo. El proceso de corrección incluía varias idas y vueltas por correo electrónico y sesiones en donde preguntaba por el significado de cada oración. El paso de su pluma por un manuscrito transformaba el borrador en un trabajo de calidad internacional.

Pese a la fidelidad a su tema de trabajo, siempre fue innovador en cuanto al abordaje de la pregunta. Introdujo en la Argentina técnicas novedosas como el *patch-clamp* y la microscopia de superresolución, esta última en estrecha colaboración con el grupo del Dr. Hell, recientemente galardonado con el premio Nobel en química. Aun después de tantos años de carrera nunca abandonó la pasión por la mesada, disfruta hacer experimentos como cualquier estudiante y puede pasar horas sacando fotos u observando preparados. Cuando estaba en Bahía Blanca, no pasaba un día sin que arme, desarme, ajuste o desajuste algún equipo, para desesperación de los que trabajábamos con él. Y con total desprendimiento quitaba un accesorio en el que había estado trabajando obsesivamente, si le parecía que iba a estar mejor en otro lado. Su espíritu inquieto se manifestaba en cada una de sus

acciones, no era raro volver de las vacaciones y encontrar mudado un equipo o que él mismo había cambiado de oficina. Toda su seriedad desaparecía cuando le seguíamos el ritmo y aceptábamos ayudar en sus mudanzas, las que disfrutaba como un chico. Algo que en los primeros años del doctorado marcaba una diferencia era quedarse hasta tarde los días de semana y/o ir los sábados o domingos. Esta actitud comprometida le dibujaba una sonrisa en la cara, seguramente reflejo de la tranquilidad de saber que había encontrado otro amante de la ciencia como él, de no haberse equivocado en la elección y de haber sabido transmitir pasión y fascinación por esta actividad tan particular. Esto sellaba un acercamiento y una complicidad muy difícil de lograr si uno realizaba su trabajo a reglamento. El entusiasmo por esa actividad fuera de horario era tal que el no tener transporte hasta el complejo no era un impedimento, rápidamente se ofrecía a resolverlo con un "yo te paso a buscar".

Paralelo a su labor en investigación y dirección de grupo, realizó múltiples actividades institucionales como director del INIBIBB, que posicionaron al instituto como referente nacional e internacional en el área de biofísica y neurociencias. Incorporó el instituto en la lista de centros de intercambio y entrenamiento de científicos en el Sur a través de la *Third World Network Scientific Organization* (TWNSO). Gracias a sus gestiones la *Third World Academy of Science for the Developing World* (TWAS) designó al instituto como centro de excelencia científica del hemisferio sur, y logró que la UNESCO y la Universidad Nacional del Sur firmaran un convenio para la creación de la cátedra UNESCO de Biofísica y Neurobiología Molecular, siendo la única cátedra de esta especialidad

en el mundo. Muchas anécdotas han quedado de los variados cursos de posgrado que organizó con presencia de alumnos y docentes de muy diversos países, y muchos recuerdos quedan del trabajo que implicó la organización de congresos nacionales con presencia de invitados destacados entre los que se incluyeron varios premios Nobel. No menos importante fue la enorme cantidad de equipos que logró

incorporar para la institución en los años en que fue su director.

El "Dr." camina rápido por los pasillos, habla en un tono tan bajo que a veces se complica entenderlo, mira con pícara sabiduría y disfruta plenamente de lo que hace. "Pancho" es el eterno becario, absolutamente apasionado con el dilema científico que estudia y con una curiosidad infinita por aprender

nuevas técnicas. Su mente joven lo empuja sin temor a enfrentar nuevos desafíos. Pese a su vasta trayectoria y a que alcanzó los lugares más altos como investigador y docente, es impensable considerar que abandone, deje o se retire del laboratorio, motivo por el cual resulta temprano escribir esta reseña. Sin dudas en un tiempo habrá generado muchísimas cosas más de las que escribir.